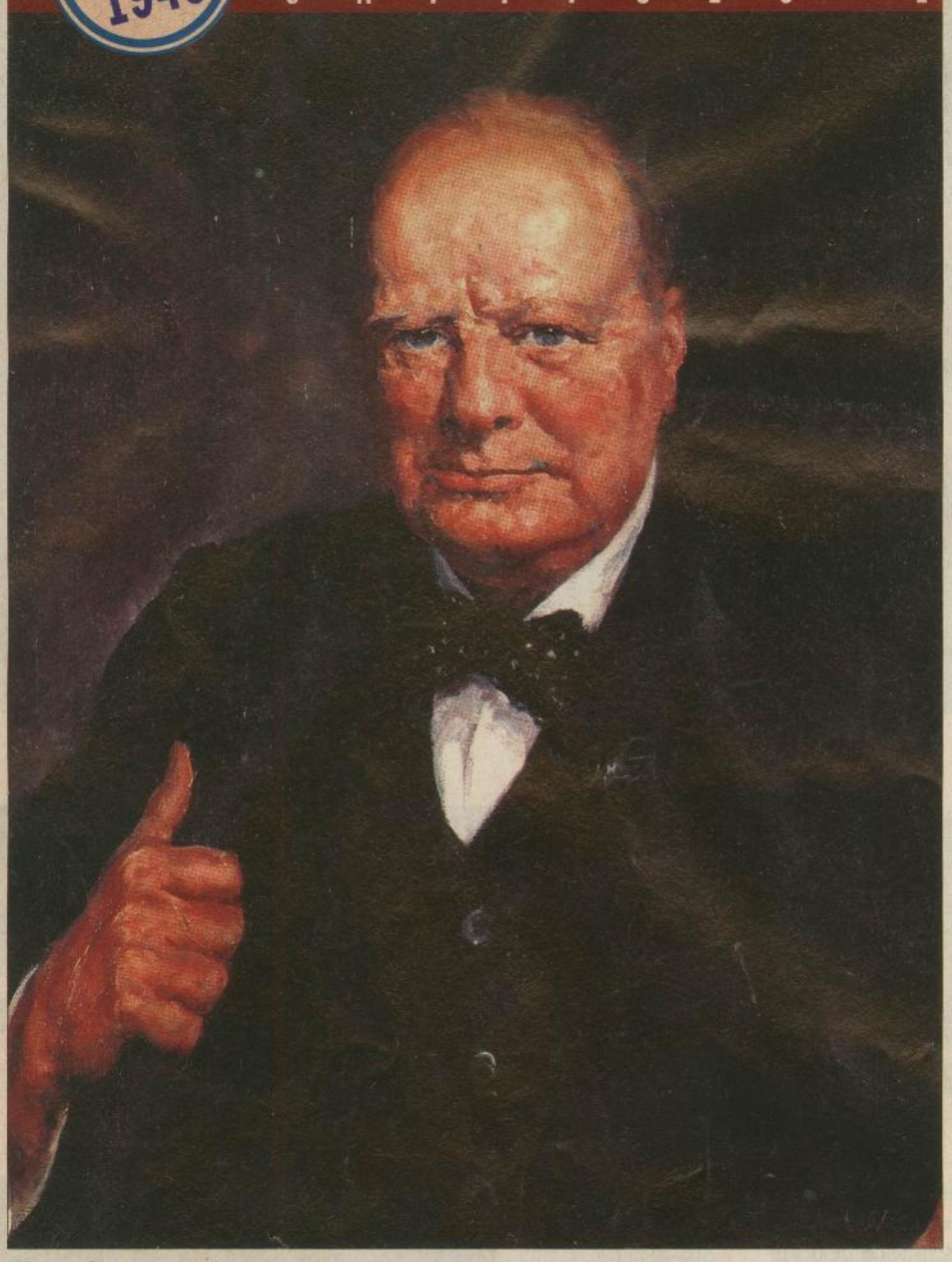
COLECCIONABLE
Página/12

MEMORIA DE LA II GUERRA MUNDIAL

1939
1945

CAPITULO 1



Winston Churchill, pintado al óleo por Dugdale. (Ackermann and Johnson Ltd.).

Al historiador británico Raymond Carr, la guerra le cogió precisamente en Berlín. A partir de ahí esboza una semblanza general del conflicto. Juan Pablo Fusi reflexiona sobre cómo ha ido cambiando en el tiempo la percepción de aquellos años.

LA VISIÓN GENERAL DEL CONFLICTO

DIRECCIÓN DE LA OBRA: JUAN PABLO FUSI

CAPÍTULO 1
Raymond Carr
Una reflexión personal
Juan Pablo Fusi
El síndrome de la guerra
Los escenarios de la guerra
Europa y el Pacífico
Biografías
Hitler y Churchill

CAPÍTULO 2
Charles T. Powell
El león y el unicornio
Jon Juaristi
De la épica a la flagelación
Las grandes batallas
La batalla de Inglaterra
Biografías
Eisenhower y Montgomery

CAPÍTULO 3
Elena Hernández Sandoica
La "gran guerra patria"
Hermann Tertsch
Los Balcanes
Las grandes batallas
Midway
Biografía
Stalin

CAPÍTULO 4
Walther L. Bernecker
La conciencia de culpa
G. Daniels
La transformación de Japón
Las grandes batallas
Guadalcanal
Biografías
Goebbels y Tojo

CAPÍTULO 5
Javier Tusell
Colaboración y resistencia
E. Moradellos
España y el conflicto
Las grandes batallas
El Alamein
Biografías
Pétain y De Gaulle

CAPÍTULO 6
Francisco Calvo Serraller
Arte y guerra
J. García de Dueñas
El cine
Las grandes batallas
Stalingrado
Biografías
Mussolini y Togliatti

CAPÍTULO 7
Gabriel Jackson
El Holocausto
Las grandes batallas
La batalla de carros en Kurs
Biografías
Himmler y Moulin

CAPÍTULO 8
Paul Preston
Las consecuencias
Juan Pablo Fusi
Las respuestas
Las grandes batallas
Normandía
Biografía
Roosevelt

UNA REFLEX

RAYMOND CARR EL LEGADO QUE DEJÓ LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL FUE LA GUERRA FRÍA Y,

En los primeros meses de 1939, yo estaba estudiando en Alemania. Aunque en el Reino Unido todos pensábamos que la guerra era inevitable, mis amigos alemanes no tenían esa sensación de desastre inminente. Pensaban que Hitler conseguiría sin guerra todo lo que los alemanes querían: una revisión de las injustas condiciones del Tratado de Versalles de 1919 impuestas a una Alemania derrotada. Cuando la guerra estalló, en septiembre de 1939, fue una sorpresa desagradable. No hubo multitudes alegres por las calles de Berlín; sólo "grupos silenciosos con expresiones ausentes".

Desde 1936 se viene librando un amargo y encarnizado debate. ¿Se habría podido evitar la Segunda Guerra Mundial si el Reino Unido y Francia se hubieran opuesto a las primeras exigencias de Hitler? ¿O las concesiones que se hicieron a Hitler con la política de *apaciguamiento* hicieron inevitable la guerra? Recuérdense, primero, los motivos de los *apaciguadores* de los años treinta. Tras la indecente *masacre* que fue la Primera Guerra Mundial —60.000 británicos muertos en un día—, los políticos de la posguerra y la opinión pública de Francia y el Reino Unido estaban decididos a evitar otra guerra. Neville Chamberlain, primer ministro britá- ▷

Flota en polvorosa

Acosadas por la aviación alemana, las tropas británicas que defendían Francia se retiraron a tiempo por Dunkerque en mayo de 1940 (arriba). En las fábricas de Escocia también se *combatía* como si se tratara de un frente.

CHARLES CUNDALL / IMPERIAL

ÓN PERSONAL

FINAL, EL PODERÍO DEL CAPITALISMO FUE DECISIVO Y DEJÓ A ESTADOS UNIDOS COMO ÚNICA SUPERPOTENCIA

STANLEY SPENCER / IMPERIAL WAR MUSEUM

▷ nico en 1937, consideró que su misión era evitar la repetición de una guerra semejante; era un hombre duro y obstinado, el primer ministro más poderoso de la era moderna, completamente convencido de la legitimidad de sus opiniones. Como la mayor parte de sus colegas, se dio cuenta de que la guerra de 1914 había exprimido al límite los recursos británicos y que otra guerra pondría al país en quiebra y provocaría el fin del imperio británico —opinión que resultó ser acertada—. Además, Chamberlain compartía la extendida creencia de que el duro trato que se había dado a Alemania en el acuerdo de Versalles había sido injusto. Lord Lothian, un destacado *appeaser,* llegó incluso a justificar la persecución de los judíos por parte de Hitler alegando "la persecución externa a la que se había sometido a Alemania" desde 1919.

Desde esa perspectiva, por consiguiente, habría que mostrarse comprensivo con las razonables exigencias de Hitler para revisar Versalles. Según los historiadores soviéticos, los conservadores, que gobernaban en el Reino Unido desde 1930, tenían un interés adicional en intentar *apaciguar* a Hitler: le veían, igual que a Franco, como un aliado útil contra la URSS y el bolchevismo.

Checoslovaquia acabaría siendo la prueba decisiva. El Tratado de Versalles había situado un considerable contingente de alemanes dentro de las fronteras checas, en los Sudetes. Hitler estaba decidido a incorporarlos al III Reich. Francia, para impedir la hegemonía alemana en Europa central, había garantizado la frontera de Checoslovaquia establecida en Versalles. Si Hitler se anexionaba los Sudetes por la fuerza, el riesgo de guerra sería evidente. Chamberlain estaba decidido a evitarlo obligando a Francia a ceder ante lo que consideraba peticiones razonables de Hitler. Si el Reino Unido respaldaba la posición de Francia, se vería involucrado en lo que él llamó —tenía un don para las frases fatídicas— "una disputa en un país remoto entre gente de la que no sabemos nada". Chamberlain estaba en una posición de fuerza: como la alianza con el Reino Unido era vital para la seguridad de Francia, ésta tuvo que aceptar su opinión de que había que presionar a Checoslovaquia para que complaciera a Hitler. Chamberlain dio entonces un paso extraordinario. Aunque nunca había viajado en avión, el 15 de septiembre de 1938 voló al refugio de Hitler en las montañas de Berchtesgaden para resolver pacíficamente el pro- ▷

▷ blema de los Sudetes. Creía que había logrado un triunfo. Escribió: "Era imposible no quedar impresionado por el poder de aquel hombre... Sus objetivos eran extremadamente limitados... Quedaría satisfecho cuando los alemanes de los Sudetes se unieran al Reich". Fue una trágica equivocación. La siguiente entrevista de Chamberlain con Hitler debería haberle quitado la venda de los ojos. Hitler montó en cólera y amenazó con emplear la fuerza en lugar de llevar a cabo la transferencia pacífica de los alemanes de los Sudetes acordada en Berchtesgaden. Como muchos otros, pensé que la guerra era entonces inevitable. Pero, de repente, Hitler convocó a Mussolini, a Daladier, el primer ministro francés, y a Chamberlain a Múnich, el 29 de septiembre de 1938. Allí, Hitler consiguió lo que al parecer quería: la incorporación pacífica de los alemanes de los Sudetes al Reich. Pero se quejó amargamente porque "Chamberlain ha arruinado mi entrada en Praga". Su meta era "aplastar" Checoslovaquia.

Cuando estalló la guerra mundial, por las calles de Berlín sólo se veían grupos silenciosos con expresiones ausentes

Cuando Chamberlain descendió del avión de Múnich, paraguas en mano y agitando un trozo de papel en el que Hitler declaraba su decisión de no entrar nunca en guerra contra el Reino Unido, fue recibido como un héroe nacional que había traído, como dijo a la multitud, "la paz en nuestro tiempo". La sensación de alivio era abrumadora, un alivio que debo confesar que compartí, ya que me habrían podido reclutar para el servicio militar. Para los *antiapaciguadores* fue una rendición vergonzosa, pero hay que recordar que eran una minoría políticamente impotente. Entonces pensaba, y todavía lo pienso, que la opinión pública británica no habría apoyado una guerra para impedir la incorporación de los alemanes de los Sudetes al Reich. Cuando Hitler tiró a la papelera el acuerdo de Múnich e invadió Checoslovaquia, la opinión pública británica, como señaló George Orwell, cambió radicalmente. Lo que ocasionó este cambio fue el trozo de papel de Chamberlain. Hitler, que había prometido la paz, se revelaba ahora como un brutal agresor que nunca cumpliría su palabra. Lord Halifax, el ministro de Asuntos Exteriores que, con reservas, había apoyado a Chamberlain, declaró entonces que Hitler era un "lunático criminal". El Reino Unido tenía que rearmarse precipitadamente y había que trazar una línea que Hitler no debía cruzar.

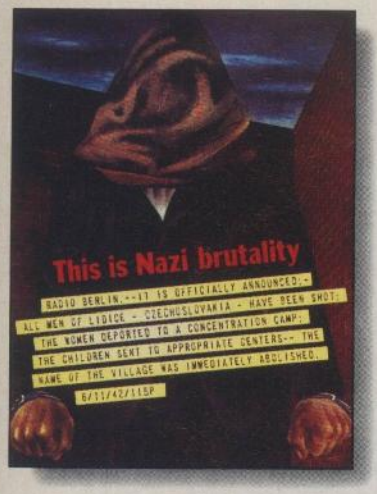
La línea se acabaría trazando en Polonia, donde era evidente que Hitler haría su siguiente jugada. De ahí que los británicos, junto con los franceses, protegiéramos las fronteras de Polonia —un país del que desconfiábamos profundamente—. La siguiente exigencia de Hitler fue la devolución de Danzig, una ciudad alemana enclavada en territorio polaco que había sido declarada ciudad libre en Versalles. Chamberlain seguía confiando en que la política de concesiones podría evitar la guerra. Pero Beck, el ministro de Asuntos Exteriores polaco, que se sentía seguro de la protección anglo-francesa, se resistió a todas las presiones para que hiciera concesiones sobre Danzig. De todas formas, Hitler dejó claro a sus generales que "no es Danzig lo que está en juego, sino el espacio vital en el Este". Polonia sería *aplastada* como primera etapa de la creación de un vasto imperio en el Este. Pero si aplastaba Polonia, ¿cumplirían el Reino Unido y Francia su compromiso con Polonia y expondrían a Alemania a una guerra en dos frentes, pesadilla del Estado Mayor alemán? Ribbentrop, antes embajador alemán en Londres y entonces ministro de Asuntos Exteriores, había dicho a Hitler que el Reino Unido, "después de siglos de dominación del mundo y de influencia de Oxford y Cambridge [opinaba que ambas universidades habían formado una clase dirigente sin carácter], no arriesgaría su imperio para salvar a Polonia". Francia le parecía otra democracia decadente similar. Sin embargo, Polonia era una apuesta, y Hitler la aceptó. "Siempre me juego el todo por el todo, es la única forma de jugar que sé", dijo Hitler a Goering, y el 31 de agosto ordenó la invasión de Polonia. Francia y el Reino Unido declararon la guerra a Alemania el 3 de septiembre de 1939. Hitler siempre había sabido que algún día podría tener que enfrentarse al Reino Unido y a Francia. Evidentemente, no quería hacerlo en septiembre de 1939, ya que pensaba que el éxito en la guerra sólo estaría garantizado después de haber terminado su programa de rearme, en 1943.

Con todo, no había nada que el Reino Unido pudiera hacer para salvar a Polonia. La única potencia que podía hacer algo era la URSS. Pero el 23 de agosto de 1939 Alemania y la URSS habían firmado un pacto de no agresión, que dio a Stalin las repúblicas bálticas y la mitad de Polonia. El Reino Unido ha sido muy criticado por posponer deliberadamente un acuerdo con Stalin. Pero no había nada comparable que pudiéramos ofrecer a Rusia, y los polacos, clientes difíciles, se negaron a permitir que las tropas soviéticas pasasen por Polonia para atacar Alemania. No fue la "desconfianza profunda" de Chamberlain hacia Rusia lo que echó por tierra cualquier posibilidad de llegar a un acuerdo con Stalin. No podíamos apostar porque no teníamos triunfos en la mano. El Ejército alemán entró en Varsovia el 27 de septiembre. Seis millones de ciudadanos polacos, tres millones de ellos judíos, murieron bajo la ocupación alemana de su país.

¿Pudo Hitler haber ganado la guerra que sus errores de cálculo de 1939 habían desencadenado? La respuesta escueta es sí, si tras la derrota de Francia, en 1940, Hitler hubiera podido invadir el Reino Unido u obligarle a pedir la paz. El Ejército británico había escapado de Dunkerque sin sus blindados —una espantosa derrota convertida en victoria moral por Churchill, que había sucedido a Chamberlain como primer ministro—. La retórica de Churchill suena hoy cursi, pero su impacto entonces fue electrizante a la hora de levantar la moral del pueblo británico en un momento en que resultaba inconcebible que el Reino Unido pudiera resistir una invasión alemana: piénsese que la unidad del cuerpo de voluntarios en la que serví, estaba armada con picas. Pero la invasión sólo era posible con una superioridad aérea total. Hitler no pudo lograrla porque Múnich nos había dado tiempo para consolidar nuestra fuerza aérea. En 1938, la producción de aviones británica era la mitad que la de Alemania, hacia 1939 la había igualado y en 1940 la superó. Esto, junto con el radar, que había sido perfeccionado unos meses antes de la guerra y que permitió al Reino Unido localizar a los cazas y bombarderos alemanes, nos dio la victoria en la batalla aérea de Inglaterra. Esto fue decisivo. Si el Reino Unido hubiera perdido, las fuerzas estadounidenses no habrían tenido una base desde donde entrar en Europa y liberarla. Entretanto, el Reino Unido no podía hacer nada contra Alemania. La única arma en que se podía pensar eran las incursiones masivas de bombarderos sobre territorio alemán. Como la precisión en el bombardeo de fábricas e instalaciones militares resultó imposible, la única opción fue el bombardeo zonal indiscriminado. Esto no detuvo la producción bélica de Alemania ni destruyó la moral de los alemanes, mientras que causó desastrosas bajas entre las tripulaciones de los bombarderos británicos. Del mismo modo que el radar había ganado la batalla de Inglaterra, otro éxito tecnológico e intelectual —la organización Ultra, que descifró el código de las señales de radio enviadas a través del aparato Enigma alemán— permitió ▷

Horizonte nublado

Tripulantes de un bombardero británico en pleno despegue. Los pilotos, el navegante y el radiotelegrafista no tenían margen para el optimismo. Las probabilidades de caer eran muy altas.



▷que el Reino Unido no llegase a la rendición por hambre, pues hizo posible descifrar los mensajes de radio que revelaban la posición de los submarinos alemanes que atacaban a los barcos mercantes británicos en el Atlántico.

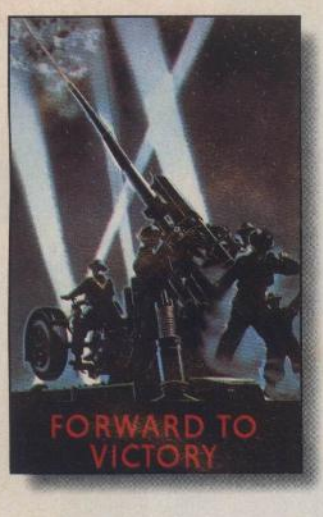
No obstante, el Reino Unido nunca podría haber ganado la guerra en solitario y puede que se hubiera visto obligado a aceptar las ofertas de paz de Hitler, que hubieran convertido a éste en dueño de Europa mientras el Reino Unido habría conservado su imperio de ultramar. Sin embargo, en 1941, una guerra europea que el Reino Unido no podía ganar se convirtió en otra mundial en la que contaría con poderosos aliados: la URSS y EE UU.

Hitler, como siempre había pretendido, invadió Rusia en junio de 1941. Fue una decisión personal y fatal, obsesionado como estaba por conquistar un *lebensraum* (espacio vital) en el Este, donde Alemania adquiriría un imperio económico atendido por siervos eslavos. Creía que Rusia era una puerta rota que podía abrir a patadas y destruir para siempre el *bacilo* del comunismo. De hecho, Hitler sólo pudo haber ganado la guerra si la hubiera ganado en 1941. Pero tuvo que posponer su ataque a Rusia para salvar a Mussolini de la derrota en Grecia y en el norte de África, y el retraso, afirmó más tarde, fue "catastrófico". "Desde principios de 1942", opina el general Jodl, que había planeado la invasión, "la victoria ya no estaba a nuestro alcance". Stalingrado (enero de 1943) y la gran batalla de tanques de Kursk (julio de 1943) así lo demostraron.

La retirada de Dunkerque fue una espantosa derrota militar convertida en victoria moral por Winston Churchill

Churchill siempre creyó que sólo la entrada de Estados Unidos en la guerra salvaría a Europa de la larga noche de la dominación de Hitler. En diciembre de 1941, Japón atacó a la flota estadounidense del Pacífico anclada en Pearl Harbour, un fracaso estratégico y un patinazo político. Como aliada de Japón, Alemania declaró la guerra a Estados Unidos, que entró así en el conflicto. Dado el enorme poderío industrial de Estados Unidos, ni Alemania podía ganar en Europa ni Japón en Extremo Oriente. Japón fabricó 62.795 aviones en toda la guerra, mientras que Estados Unidos producía 100.000 al año. En 1942, los fáciles triunfos iniciales de Japón se terminaron; en 1944, Japón tenía 20 portaaviones en el Pacífico, mientras que Estados Unidos tenía 100.

Mientras los ejércitos de Hitler libraban una serie de desesperadas batallas en Rusia, los aliados desembarcaron primero en el norte de África (donde la neutralidad de Franco fue elogiada por Churchill como condición esencial para el éxito) y, en junio de ▷



ALEX COLVILLE

▷ 1944, en Normandía, para atacar directamente a Alemania. Si no hubiera habido tantas divisiones alemanas paralizadas en Rusia, resulta difícil imaginar que el arriesgado desembarco en Normandía hubiera podido tener éxito. La fuerza aérea fue decisiva, y la Luftwaffe había quedado debilitada en el frente ruso y no disponía de combustible suficiente para sus aviones.

¿Por qué duró la guerra? Los historiadores revisionistas echan la culpa a la insistencia de los aliados en una rendición incondicional alemana. Pero Hitler estaba decidido a combatir hasta el final en una lucha mortal wagneriana, y todos los intentos de asesinarlo habían fracasado. El Ejército alemán, la máquina de guerra más perfecta jamás creada, le obedeció, aunque generales como Rommel consideraban perdida la guerra desde hacía bastante tiempo. La táctica suicida de los japoneses habría prolongado el conflicto en territorio japonés y se habría cobrado muchas vidas estadounidenses y japonesas. La bomba atómica obligó al Emperador a rendirse. Los aliados siempre habían temido que Alemania la fabricara, pero Hitler se centró en otro tipo de arma secreta para ganar la guerra. Sin embargo, los misiles V1 y V2 demostraron que, sin cabezas nucleares, eran inservibles para la destrucción masiva.

La superioridad tecnológica (los mensajes de Ultra revelaron los planes de guerra de Alemania y Japón, y la bomba atómica), añadida al inexplicable fracaso de Alemania en lograr la movilización total de sus recursos económicos hasta 1942, contribuyó a la victoria, conseguida por los ejércitos y el pueblo rusos —a costa de 20 millones de vidas— y por el poderío industrial de Estados Unidos. Como vencedores, Estados Unidos y la Unión Soviética se convirtieron en las superpotencias del mundo de la posguerra. Pero la alianza antinatural entre la mayor potencia capitalista del mundo y la patria del comunismo, forjada en una guerra contra la tiranía de Hitler que amenazó a ambas, no sobrevivió por mucho tiempo a la propia guerra. El legado de la guerra mundial fue la guerra fría, y, en esa guerra, el poderío industrial del capitalismo avanzado resultó ser decisivo una vez más, y dejó a Estados Unidos como única superpotencia. En cuanto a los alemanes, muchos de los cuales compartían los objetivos de Hitler aun cuando rechazaran la barbarie nazi, pagaron, como dijo Von Weizsacker, presidente de Alemania Occidental, el precio de haber confiado su destino a una banda de criminales y lunáticos.

La infantería suda hiel

Una columna de soldados aliados avanza en septiembre de 1944 por los terrenos pantanosos de Nimega, Holanda, hacia Alemania. Arriba, seis carteles de propaganda.

EL CONFLICTO DEJÓ UN LEGADO DE EPISODIOS MEMORABLES, HÉROES Y MITOS, PERO TAMBIÉN

EL SÍNDROME DE LA GUERRA

DEJÓ UNA HERENCIA AMARGA Y TERRIBLE DEL HORROR, SESENTA MILLONES DE MUERTOS Y, POR ENCIMA DE TODO, EL HOLOCAUSTO, LA EXTERMINACIÓN DE LOS JUDÍOS, AUSCHWITZ, DACHAU Y MAUTHAUSEN

JUAN PABLO FUSI

El 1 de septiembre de 1939, Hitler invadió Polonia: como respuesta, el Reino Unido y Francia declararon de inmediato la guerra a Alemania. Italia se sumó al conflicto, al lado de Alemania, en junio de 1940. El 21 de junio de 1941, Alemania invadió la URSS. El 7 de diciembre de ese año, Japón —que desde 1937 había invadido China— atacó la flota norteamericana del Pacífico, en Pearl Harbor, y precipitó la entrada en la guerra de Estados Unidos. La guerra así planteada, la Segunda Guerra Mundial, se prolongó en Europa hasta mayo de 1945, y en Asia, hasta agosto de ese mismo año.

CLIVE UPTON / IMPERIAL WAR MUSEUM

Se trató, por muchos conceptos, de una guerra total, probablemente la más amplia, intensa y destructiva de las conocidas hasta entonces en la historia. Murió en ella una cifra cercana a los 60 millones de personas. La Segunda Guerra Mundial dejó ciertamente un legado de episodios memorables (la batalla de Inglaterra, El Alamein, Stalingrado, Guadalcanal, el desembarco de Normandía, las Ardenas) y de mitos y héroes (la RAF británica, Montgomery, Rommel, MacArthur, Patton, De Gaulle, Jean Moulin, la Resistencia, Zhukov). Pero dejó también la herencia amarga y terrible del horror: las destrucciones de Rotterdam y Coventry, de Hamburgo y Dresde, de Montecassino, de Hiroshima y Nagasaki y, por encima de todo, el holocausto, la exterminación del pueblo judío, Auschwitz, Dachau, Buchenwald, Mauthausen, Chelmno y Treblinka.

La memoria de un conflicto de la envergadura y significación ideológica y moral de la Segunda Guerra Mundial no podía dejar de gravitar de forma determinante sobre la sensibilidad y la conciencia de quienes la vivieron y de las generaciones posteriores. Probablemente, no exageraba el escritor alemán Günter Grass cuando, en 1990, dijo que Auschwitz —el más grande de los campos de exterminio creados por los alemanes— sería un "estigma indeleble" en la historia de Alemania. Hasta 1990 se habían publicado sólo en Estados Unidos unas 250 novelas de calidad sobre la guerra. Los filmes sobre ella se contaban también por centenares. La bibliografía histórica superaba por entonces con mucho los 50.000 títulos. El secuestro por agentes israelíes en Argentina en 1960 de Adolf Eichmann, el funcionario nazi encargado del traslado de los judíos a los campos de exterminio, y su posterior juicio y ejecución en Israel impresionaron al mundo. La audiencia alemana —unos 20 millones de telespectadores— se conmovió cuando, en enero de 1979, se proyectó por televisión el melodrama *Holocausto*. Francia se apasionó en 1987 con el proceso de Barbie, el exterminador nazi (y años después, con la detención y juicio de Paul Touvier, el antiguo responsable de la milicia pronazi de Lyón), y luego, en el verano de 1994, cuando el propio presidente de la República, Mitterrand, reveló sus abundantes relaciones con el régimen colaboracionista de Vichy. Gradualmente, el 6 de agosto, aniversario del lanzamiento de la bomba atómica contra la ciudad japonesa de Hiroshima, fue convirtiéndose en muchos lugares del planeta en una jornada de meditación colectiva —silenciosa y pacífica—, contra la guerra y las armas nucleares. En 1994, 50 años después del conflicto, el recuerdo de los sucesos estaba tan vivo que una película que narraba la historia de un alemán que salvó a cientos de judíos de ser enviados a Auschwitz (*La lista de Schindler*, de Steven Spielberg) emocionaba a los públicos de todo el mundo.

Perpetuada a través de una literatura abundantísima, del cine, del teatro, de la música (Shostakóvich, Prokófiev, Britten, Messiaen, Penderecki), del ensayo, del debate historiográfico; plasmada en infinidad de manifestaciones artísticas —pintura, grabado, fotografía, museos, monumentos conmemorativos—, la memoria de la guerra quedó, pues, como referente ineludible del mundo contemporáneo. No fue, ni podía serlo, una memoria universalmente unánime e igual. Su naturaleza dependió, ▷

Aviones en picado mortal

Una escuadrilla de Stukas bombardea una ciudad inglesa durante la batalla de Inglaterra. Arrojaban las bombas al tiempo que se dejaban caer en picado, consiguiendo así una mayor efectividad.

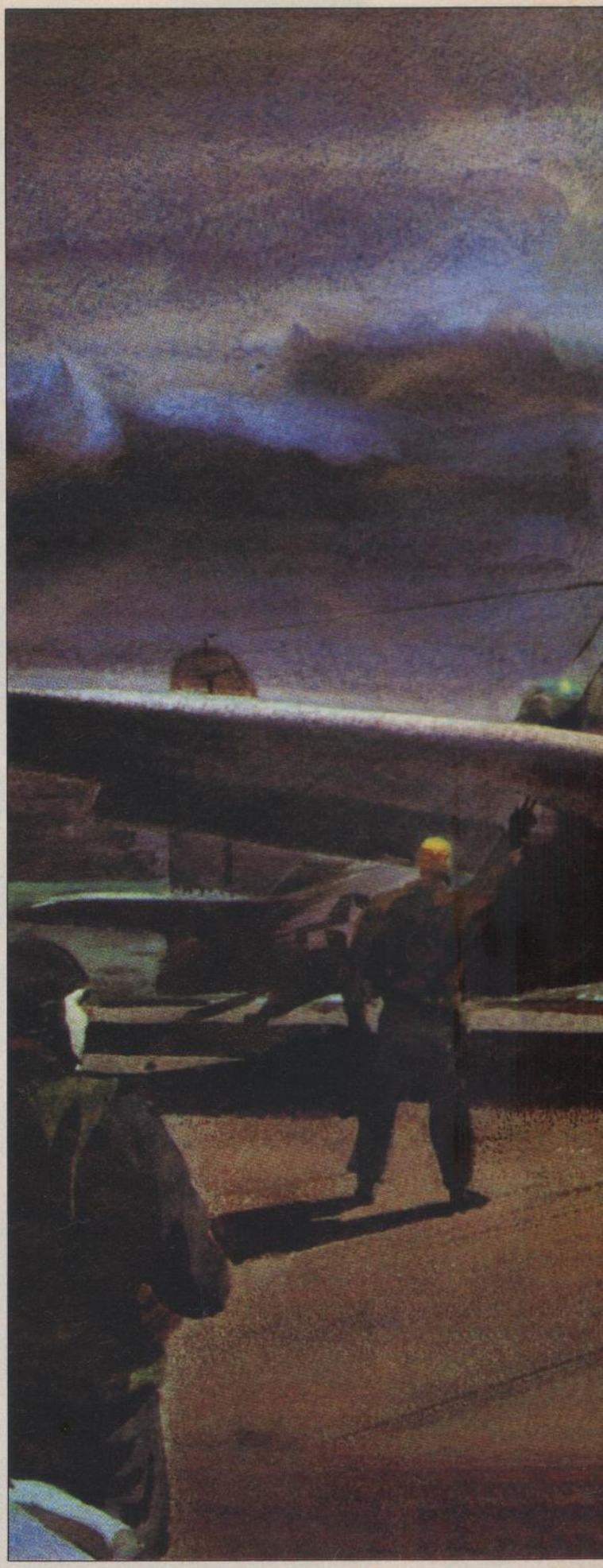
▷ lógicamente, del papel que cada país, que cada pueblo, tuvo en la guerra. La memoria de los vencidos fue por definición distinta de la memoria de los vencedores. Pero ni una ni otra fueron, además, idénticas entre sí. La valoración de la Segunda Guerra Mundial cambió con el tiempo, al hilo de los cambios que en la sensibilidad y percepción respecto de la idea misma de guerra se produjeron en la sociedad contemporánea.

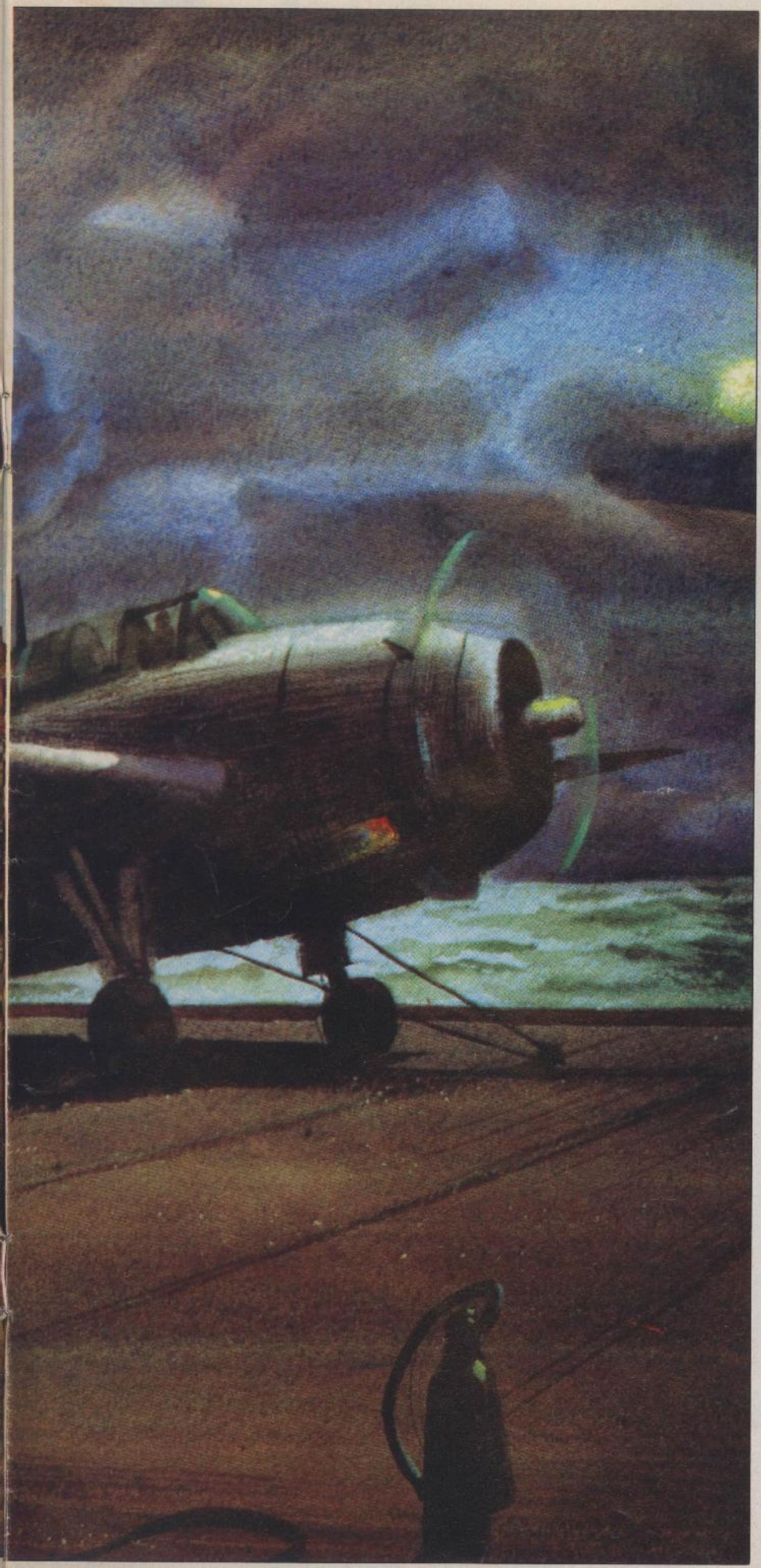
El sentimiento de culpa marcó, así, desde el primer momento, la conciencia alemana. La reacción japonesa pareció, en cambio, impregnarse más de sentimientos de vergüenza y humillación por la derrota (y aun de victimización, por el bombardeo de Hiroshima) que de sentimientos de culpabilidad por las gravísimas responsabilidades que Japón tuvo en el conflicto y por las atrocidades cometidas por sus ejércitos en Asia.

Estados Unidos, la URSS y el Reino Unido tenían razones sobradas para enaltecer el heroísmo y sacrificio de sus soldados y civiles en una guerra, además, indiscutiblemente justa y necesaria. De hecho, los tres países interiorizaron la guerra como una gran epopeya colectiva que honraba legítimamente y para siempre sus respectivas historias nacionales. Para los norteamericanos, ésta fue "la mejor guerra"; para el pueblo ruso, la "gran guerra patria"; para Inglaterra y su pueblo, su mejor momento en la historia, "the finest hour", como dijo Churchill en uno de sus extraordinarios discursos de guerra. En buena medida, esas formas de asumir la guerra, que contenían —conviene subrayarlo— una gran parte de verdad, permanecieron y se perpetuaron. Pero con el tiempo se irían alterando.

Los vencedores interiorizaron la guerra como una gran epopeya colectiva que honraba sus historias nacionales

En Estados Unidos, por ejemplo, la reacción crítica que se produjo en la década de los sesenta como consecuencia de la guerra de Vietnam —crisis de la conciencia norteamericana que puso en cuestión los valores mismos que fundamentaban la identidad moral del país— tendió a identificar toda la política exterior norteamericana —presente y retrospectiva— con agresión e imperialismo. En 1961 apareció la novela *Trampa 22*, de Joseph Heller, una sátira feroz, amarga y desternillante de la guerra, una visión cínica y antiheroica de ésta —la novela contaba la acción de los soldados norteamericanos en una isla del Mediterráneo, dentro de la campaña de Italia—, esto es, la guerra como una broma macabra e ilógica. En 1965 se publicó el libro del historiador *revisionista* Gar Alperovich *Atomic diplomacy*, en el que argumentaba que la decisión de arrojar la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki en 1945 se debió no a razones militares, sino a la nueva estrategia del presidente Truman de confrontación con la Unión Soviética. Que la tesis de Alperovich no fuese convincente —de hecho, el mando militar norteamericano había estimado en junio de 1945 que la derrota de Japón por métodos convencionales exigiría aún la vida de unos 268.000 soldados americanos y cerca de 800.000 bajas en total— importaba poco. Lo significativo era que lo que podríamos definir como el síndrome de Hiroshima —sentimiento de culpa por el lanzamiento de la bomba atómica— empezaba a afectar a la conciencia norteamericana; que la visión heroica de la guerra, la idea de la *guerra justa*, empezaba a ser sustituida por una nueva interpretación, si no totalmente negativa, al menos crítica, que iba a poner el énfasis en adelante —años setenta a noventa— en la brutalidad de los combates, en los errores estratégicos norteamericanos, en los problemas raciales en el interior del propio Ejército estadounidense,





MITCHELL JAMIESON / US NAVY COMBAT ART COLLECTION

y aun en las atrocidades cometidas sobre poblaciones civiles (como la novela de Vonnegut, *Matadero Cinco*, sobre el bombardeo de Dresde).

El revisionismo moral de la guerra fue, sobre todo, una reacción norteamericana. La autocomplacencia británica iba a ser, por contra, duradera y sólida: nombres como Churchill, el *blitz*, Montgomery, El Alamein, el Día D, Colditz, Ultra, la RAF y la Royal Navy quedaron imperecederamente implantados (con razón) en la memoria colectiva. No faltaron visiones de la guerra impregnadas de un evidente sentimiento de desilusión. Las novelas de Evelyn Waugh *Retorno a Brideshead* (1945) y la trilogía *La espada del honor* (1952-1961) mostraban, simplificando mucho, un país en decadencia: el protagonista de la trilogía, un caballero católico y rico —Guy Crouchback—, que pensaba hallar en la guerra la gran razón moral de su existencia, acaba por perder toda confianza en la justicia de su causa (sobre todo tras la alianza con la URSS). Pero las polémicas británicas se centrarían fundamentalmente en cuestiones militares y diplomáticas (oportunidad o inoportunidad de determinadas operaciones, posibilidades de paz negociada con Hitler, Yalta, etcétera). La mayor, con mucho, de todas ellas la provocó el historiador A. J. P. Taylor cuando, en 1961, publicó su libro *Los orígenes de la II Guerra Mundial*, en el que sostenía que Hitler no fue el único responsable de la guerra, que los orígenes de ésta estaban en los acuerdos de Versalles de 1919 y en la debilidad que el Reino Unido y Francia mostraron a lo largo de los años treinta ante las exigencias de Alemania. Significativamente, el libro de Taylor era un libro de historia diplomática convencional; la polémica que suscitó fue una polémica puramente académica, no, como en Estados Unidos, un gran debate moral.

Para los rusos, la Segunda Guerra Mundial fue, ya ha quedado dicho, la *gran guerra patria*, en la que murieron más de 20 millones de patriotas. Era una tesis, claro está, cierta, pero que ocultaba, en primer lugar y ante todo, el pacto de no agresión nazi-soviético de 1939, la invasión de Polonia por la URSS (septiembre de 1939) y la agresión contra Finlandia (noviembre de 1939), una guerra de 15 semanas en la cual la URSS obligó a Finlandia a cederle los territorios de Karelia y Petsamo y el puerto de Vyborg (guerra, por cierto, que por unos meses conmocionó al mundo). Ocultaba, además, atrocidades como la *masacre* de Katyn, el asesinato en masa por los soviéticos de unos 4.500 oficiales del Ejército polaco en los primeros días del pacto de no agresión nazi-soviético mencionado, y acciones muy dudosas, como la pasividad que las tropas soviéticas observaron durante la insurrección de Varsovia en agosto-octubre de 1944, que pudo ser, así, aplastada por los alemanes. Más todavía, la tesis de la *gran guerra patria* ocultaba que la *liberación* de buena parte de la Europa central y del Este por el Ejército Rojo conllevó la satelización (y verdaderos baños de sangre) de los territorios liberados. De todo ello, los soviéticos sólo reconocieron —y lo hicieron en fecha tan tardía como abril de 1990— su responsabilidad en la *masacre* de Katyn.

El examen de conciencia sobre la guerra provocaría en Francia e Italia, finalmente, memorias encontradas y conflictivas. Desde 1945, ambos países vivieron durante décadas bajo la ilusión del mito de la resistencia, completado en Francia por el mito de De Gaulle, y en Italia, por el mito del antifascismo, reforzado, además, por ▷

Portaaviones en vela

Amparados por el sigilo de la noche, técnicos de Estados Unidos reparan en la plataforma de un portaaviones un bombardero modelo Grumman TBF, equipado con torpedos.

RUDOLF LIPUS / MUSEO DEL EJÉRCITO DE BAVIERA

LAWREN P. HARRIS / CANADIAN WAR MUSEUM

▷ el neorrealismo del cine y la literatura de la inmediata posguerra (De Sica, Rossellini, Zavattini, Lattuada, el primer Visconti; Pavese, Carlo Levi, Vittorini, Moravia), donde sufrimiento, desesperación y miseria aparecían como la única y verdadera herencia del fascismo (lo que, aunque eso interese menos a los efectos de estas líneas, coincidía con el análisis que el Partido Comunista Italiano, muy afín a la estética neorrealista, hacía de la resistencia y de la liberación como un nuevo *Risorgimento*).

Pues bien, en Francia, un libro de historia, *Vichy France. Old guard and new order*, 1972, de Robert Paxton, y dos filmes, *Le chagrin et la pitié* (1971), de Max Ophüls, y *Lucien Lacombe* (1974), de Louis Malle, vinieron a plantear si Francia, lejos de ser *un país de resistentes*, como quería el mito, no había sido *un país de colaboracionistas*. En Italia, un cínico lúcido como Malaparte ya había argumentado en su obra *La piel* (1949), libro ciertamente estremecedor, que la liberación de Italia sería una farsa inútil, y no un nuevo resurgir nacional. Luego, otro libro de historia, *Mussolini, el Duce: los años del consenso*, de 1974, de Renzo de Felice, parte del gigantesco estudio del autor sobre el líder fascista y su régimen, cuestionó con gran escándalo los argumentos que, demonizando a Mussolini, hacían del antifascismo un movimiento espontáneo del pueblo, pues demostraba que el fascismo fue un movimiento popular, con clara vocación social, que contó con el apoyo de las clases medias progresivas e ilustradas del país y que, además, creó el Estado moderno italiano. En Francia, *El síndrome de Vichy*, título de otro libro de otro historiador, Henry Rousso, publicado en 1990, gravitó desde los años setenta sobre la memoria colectiva del país; en Italia se abrió paso igualmente —sobre todo tras la publicación, en 1986, de un libro del profesor Claudio Pavone— la idea de que la resistencia y la liberación encubrieron una guerra civil entre italianos, en la que pudieron haber muerto unas 80.000 personas, de ellas 12.000-15.000 ejecutadas por la Resistencia en los meses inmediatos a la liberación.

El examen de conciencia sobre la guerra ha provocado en Francia e Italia memorias encontradas y muy conflictivas

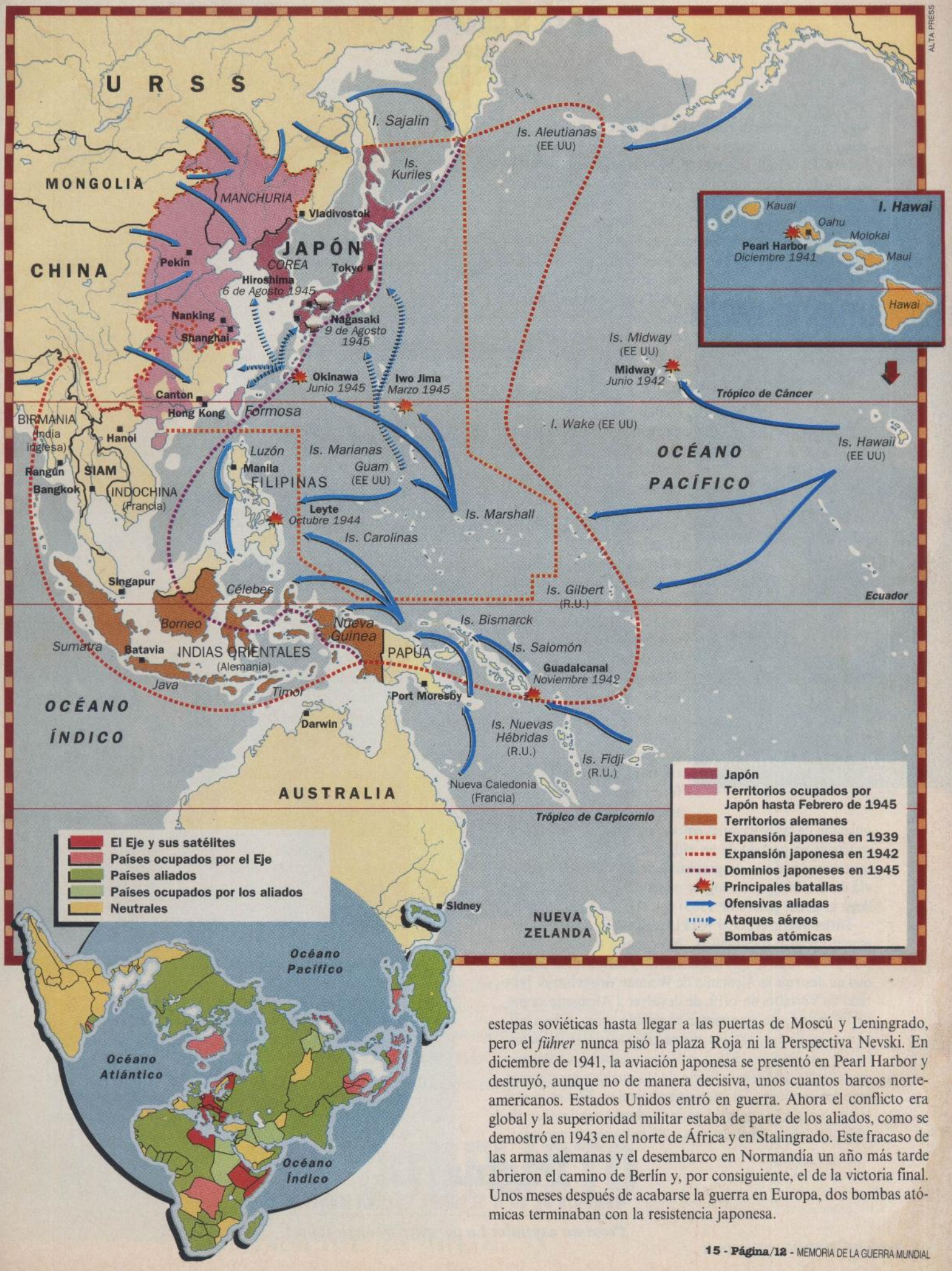
La épica heroica de la Segunda Guerra Mundial fue también, como se desprende de lo dicho, una épica amarga, y su recuerdo, una memoria polémica y controvertida. Probablemente, dada la complejidad del acontecimiento, no podía ser de otra forma y es, por tanto, razonable y saludable que así haya sido. Pero con todo, dados la naturaleza ideológica de los vencidos —la Alemania nazi, el Japón militarista, la Italia fascista— y el carácter unilateral y gratuito de la brutal agresión por ellos desencadenada contra la humanidad entera, ejemplificada en el Holocausto, aquélla fue sobre todo una épica de libertad y justicia.

El milagro del gótico

La catedral de Amiens, favorita de Marcel Proust, sorprendemente quedó en pie tras el asalto en 1940 de las tropas alemanas. Arriba, la ciudad de Ortona, Italia, en 1943, pintada con un toque daliniano.

LOS ESCENARIOS DE LA GUERRA

El mayor conflicto de la historia tuvo dos grandes escenarios: Europa, el Atlántico, el Mediterráneo y el norte de África, por un lado; y por el otro, Extremo Oriente y el océano Pacífico. Las hostilidades se iniciaron en Europa el 1 de septiembre de 1939, cuando las tropas alemanas invadieron Polonia. Dos días después, el Reino Unido y Francia declararon la guerra a Hitler. Durante el invierno siguiente no ocurrió nada, pero en la primavera la infantería y los carros de combate alemanes avanzaron hacia Holanda, Bélgica y Francia. En junio entraron en París, pero Inglaterra no se rindió nunca ni la aviación hitleriana consiguió nada, salvo la vida de muchos civiles y de grandes destrozos materiales. Un año más tarde, los alemanes comenzaron a avanzar por las

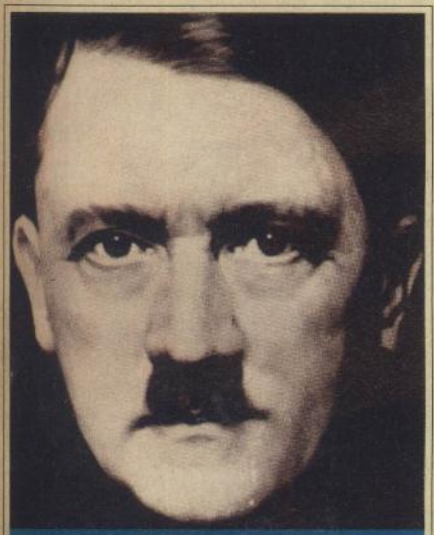


estepas soviéticas hasta llegar a las puertas de Moscú y Leningrado, pero el *führer* nunca pisó la plaza Roja ni la Perspectiva Nevski. En diciembre de 1941, la aviación japonesa se presentó en Pearl Harbor y destruyó, aunque no de manera decisiva, unos cuantos barcos norteamericanos. Estados Unidos entró en guerra. Ahora el conflicto era global y la superioridad militar estaba de parte de los aliados, como se demostró en 1943 en el norte de África y en Stalingrado. Este fracaso de las armas alemanas y el desembarco en Normandía un año más tarde abrieron el camino de Berlín y, por consiguiente, el de la victoria final. Unos meses después de acabarse la guerra en Europa, dos bombas atómicas terminaban con la resistencia japonesa.

PROTAGONISTAS
DE LA II GUERRA MUNDIAL

1939
1945

ADOLF HITLER



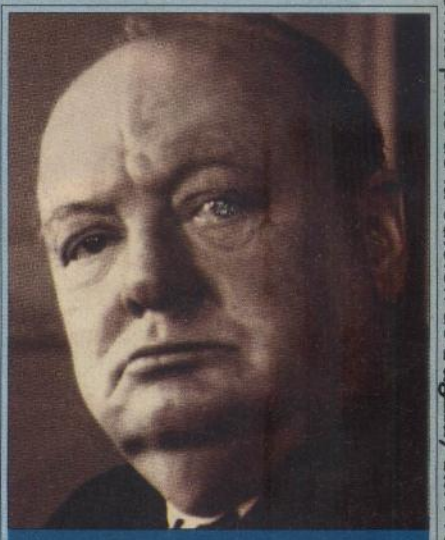
Fue un maestro en la manipulación de las emociones de las masas

Alguien que hubiera conocido a Hitler en 1914, cuando tenía 25 años, no habría sospechado que determinaría el destino del mundo. De origen oscuro y modesto, austriaco, hijo de un funcionario de aduanas y de una criada, fue un mal estudiante, que fracasó en su empeño de cursar Bellas Artes y que hasta 1914 vivió, en Múnich y Viena, con graves dificultades. Cuando, en 1919 —tras haber hecho la guerra mundial como cabo en el Ejército bávaro—, se incorporó al Partido de los Trabajadores Alemanes, embrión del partido nazi, su bagaje ideológico —que resumiría en *Mein Kampf* (1925)— era una mezcla de nacionalismo fanático, fantasías racistas pangermánicas, antisemitismo patológico y odio visceral a la República de Weimar, el régimen democrático proclamado en 1918.

Hitler fue desde 1919 un hombre totalmente absorbido por la política (con una doble pasión por la arquitectura neoclásica y la música wagneriana y algunos gustos inofensivos: los Alpes, los perros, el cine), una figura inquietante y extraña, una personalidad que bordeaba siempre lo irracional, un poseído. Pero era también un político extremadamente hábil, un formidable orador de masas, un maestro en la manipulación de las reacciones emocionales de éstas, que supo construir un partido de un millón de afiliados y explotar las circunstancias —la gravísima crisis que Alemania vivió desde 1929— para lograr un amplísimo apoyo: Hitler llegó al poder (enero de 1933) con el 33,1% de los votos.

Hitler quería el poder para la realización de su megalomanía racial y nacionalista. No engañó a nadie. Creyó siempre en todo lo que había escrito y dicho: en la necesidad de destruir la Alemania de Weimar, de revisar el Tratado de Versalles de 1919, de devolver a Alemania su poderío militar, de exterminar al pueblo judío. Churchill, uno de los pocos políticos que percibió lo que Hitler significaba, escribió en 1935 que Hitler estaba construyendo una especie de nueva religión de los pueblos germánicos bajo los símbolos del paganismo nórdico. Eso es lo que Hitler quiso imponer al mundo desde septiembre de 1939: su delirio costó la vida a 60 millones de personas.

W. CHURCHILL



Galvanizó a su país y al mundo entero gracias a sus grandes discursos

Cuando Churchill fue nombrado primer ministro, el 10 de mayo de 1940, tenía 64 años. Había sido diputado desde 1900 y ministro en numerosas ocasiones. Pero su vida política en los años treinta parecía terminada: fuera del Gobierno desde 1929, se le tenía por un político anticuado, poco fiable, belicista y reaccionario, que pedía el rearme, criticaba a Gandhi y admiraba a Mussolini. Pues bien, ese mismo Churchill galvanizó —en parte, merced a sus memorables discursos— a su país y al mundo entero.

En el siglo de las masas, ese papel correspondió a un hombre de cuna aristocrática y alta posición social, nacido en un palacio deslumbrante, que siempre cultivó el estilo de vida de la clase alta: buena mesa, champaña, cigarros puros, *brandy*, casinos, mansión en el campo, pasión por la Riviera francesa, cuadra de caballos... Churchill no tuvo educación universitaria. Estudió en Sandhurst, sirvió en el Ejército en la India y en África, y se dedicó pronto a la política, una vocación personal y familiar. Fue un gran lector de historia y, luego, excelente historiador. Era de pequeña estatura, cara infantil, emotivo y con un gran sentido del humor. Su oratoria era algo retórica y a veces demagógica, pero siempre muy eficaz; era impulsivo (cambió varias veces de partido) e ingenuo, nada religioso y poco intrigante.

Churchill intervino muy activamente en la dirección de la guerra. Tomó decisiones importantísimas: bombardear las ciudades alemanas, llevar la guerra al Mediterráneo, estrechar la amistad con EE UU, apoyar a Rusia (aplazando la apertura del segundo frente que quería Stalin). Sus dos primeros años fueron una sucesión de derrotas ininterrumpidas. Pero sus aciertos fueron extraordinarios.

Churchill era un conservador que creía en el equilibrio internacional de poder, en las zonas de influencia y en el imperio británico, y que temía el expansionismo soviético. Tuvo una intuición excepcional: "Tengo un solo objetivo en la vida", dijo en 1940, "derrotar a Hitler. Eso hace las cosas más sencillas para mí". Puede que, como decía, en la guerra Inglaterra fuese el verdadero león y él sólo pusiera el rugido. Pero éste despertó a su país y, así, al mundo. / **J. P. FUSI**

Este fascículo forma parte de la edición de Página/12. Prohibida su venta por separado.

Próximo capítulo: La perspectiva anglosajona